

Charlotte Temple  
Susanna H. Rowson

Traducción de Juan Antonio Garrido Ardila  
Prólogo de Elena Medel



LIBROS DE BALLENA

EDICIÓN

Alfonso Castelló, Elena García-Hinojosa, Isabel Javato, Lucía Puyol, Cecilia Romero, Alba Santiago

DISEÑO Y COMPOSICIÓN

Desirée Rubio De Marzo

TÍTULO ORIGINAL: *Charlotte. A tale of truth*

PRIMERA EDICIÓN: Londres, Minerva Press, 1791

© DE LA TRADUCCIÓN: Juan Antonio Garrido Ardila, 2011

© DE LA EDICIÓN: Libros de la Ballena, 2011

Máster de Edición UAM-Versus: Taller de Libros

[www.librosdelaballena.com](http://www.librosdelaballena.com)

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid

Campus de Cantoblanco

Einstein, 1 - 28049 Madrid

© DE «AMOR Y PEDAGOGÍA»: Elena Medel, 2011

© DE «CHARLOTTE TEMPLE: UN FENÓMENO EDITORIAL»: Juan Antonio Garrido Ardila, 2011

ISBN: 978-84-8344-199-2

Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

*Impreso en España*

## Amor y pedagogía

Elena Medel

Grabó los primeros vídeos en su dormitorio: ante el ordenador de mesa sobre un mueble a juego con el cabecero de la cama, siempre al fondo de la imagen, ella deleitándose al escoger la gráfica —con tipo de letra Comic Sans— y la música de inicio, como de cortinilla entre sección y sección de un programa matinal. En las piezas más recientes, ya instalada en el éxito, se ha trasladado a una habitación más pequeña e íntima, no sé si un estudio o un espacio muerto o el pasillo. Se llama Isabel Llanos y es asturiana: en You Tube se hace llamar Isasaweis, colabora con una cadena de televisión nacional y su primer libro se publicará justo a la vez que este. En su canal —y en la página que ha creado para ampliar información: en ella prevé las dudas que suscitarán sus consejos, y describe marca a marca los productos empleados y la ropa que viste— nos enseña a maquillarnos como las estrellas, imitando los *looks* de Beyoncé y Sara Carbonero, y comparte sus recetas de guisos típicos, cenas de gala y festejos diversos. Nada de lo humano es ajeno a Isasaweis: saltó a la fama por enseñarnos

a hacer un moño italiano con un calcetín y lo mismo cuelga una reflexión sobre los peligros de Internet para las niñas —que la imitan y a los once años suben a la red sus propuestas de colorete y sombra de ojos para ir al colegio, y opinan sobre la calidad del esmalte de uñas de las tiendas de chinos— que llora agradecida porque sus fans tejen y envían regalos para su futuro hijo.

Isasaweis podría haberse llamado —en un pasado más remoto todavía, sin *webcam* ni *followers*— Susanna Haswell Rowson; Rowson en un twitter imaginario y aquí, para resumir. Ambas nos remiten a un universo de candor y botones que se cosen con un neceser de bolsillo, nos alertan sobre la oscuridad en la que nos sume una decisión equivocada —para Rowson, fugarse con un mal hombre; para Isasaweis, combinar un pañuelo rojo con una sombra de ojos azul Klein, a no ser que te dirijas al Camp Nou— y han bregado lo indecible para vivir de su pasión, bien la literatura, bien las pinturas y los fogones, siempre el espíritu didáctico. Rowson nació en Portsmouth en 1762, su madre falleció al año de dar a luz y su padre fue destinado a Massachussets, a donde se desplazó la pequeña Susanna tras sobrevivir al naufragio del barco en el que viajaba. En su adolescencia apresan a la familia durante la Guerra de la Independencia, regresan a Inglaterra, su padre y su madrastra enferman y Susanna debe trabajar para mantener a su familia; corre el siglo XVIII. Susanna contrae matrimonio con William Rowson, comerciante de oficio y amante del teatro, y se convierte en una dramaturga reconocida que también practica —con menor fortuna— la novela y la poesía. Escribe obras y las interpreta, pero no

tardará en darse cuenta de que solo conseguirá el dinero, la fama y el reconocimiento gracias a la prosa. Entretanto William y ella apostarán por su talento interpretativo; precisemos que escaso, obligándoles a actuar lejos de Londres, e incluso a trasladarse con su compañía a Estados Unidos. Allí, regresamos a la frase anterior, Susanna se centrará en la literatura: factura algunas novelas de temática similar —mujeres que hacen cosas malas, familias que sufren mucho, perdones y castigos para aleccionarnos— con la intención, legítima y posible, de forrarse. Se lo permitirá *Charlotte Temple*: una novela que conocerá, desde su publicación en Londres en 1871 hasta un siglo más tarde, más de doscientas ediciones —piratas, incluso— que la certifican como el texto literario más leído y editado en Estados Unidos durante el XIX y parte del XX.

¿Por qué las mujeres —sí, las mujeres— leyeron *Charlotte Temple*? No resulta descabellado que las madres del mundo, comprensivas con la de Charlotte —«Solo una madre puede concebir la angustia de una madre cuyas tiernas esperanzas han quedado frustradas. Sin embargo, mis queridas y jóvenes lectoras, me gustaría que leyerais esta escena con atención y que pensarais que algún día podéis llegar a ser madres»— y temerosas de que el destino de sus hijas coincidiera con el triste infortunio de la muchacha, se lanzaran a comprar este librito al que una se acerca como a una novela, y que lava nuestra cabeza con el champú desinfectante de la moral: una narración que imita la estructura teatral, evita los rodeos y se limita a las acciones y los hechos, apelando a las buenas costumbres y la vida sosegada. Uno de los aspectos más fascinantes de

*Charlotte Temple* es su vocación didáctica —«claro ejemplo», admite en la frase final—, que Rowson deja clara con numerosas alusiones directas a sus lectoras. Desde la declaración en el prefacio, indicando que la historia «ha sido concebida como lectura para las jóvenes del bello sexo, y desearía que mis justas lectoras no la consideraran producto de mi imaginación, sino de la realidad», a la confesión de que escribe «con el propósito de facilitar la felicidad a ese sexo cuya moral y conducta ejercen una influencia tan poderosa en la humanidad», pasando por apelaciones explícitas a sus lectoras: «oh, queridas muchachas —que solo para ellas escribo— [...]», «mi querida señora», «mi querida muchacha, alegre e ingenua muchacha», «amable lectora», «mi querida y perspicaz lectora», «mis jóvenes amigas»... Es decir: ni siquiera le preocupa enseñar deleitando, sino que le interesa que las jóvenes aprendan qué caminos no escoger. ¿Que descuida la prosa? ¿Que desliza algún fallo de *raccord*? ¿Has aprendido qué es bueno y qué es malo? ¿Qué importa entonces un párrafo menos brillante o un título militar cambiado? Busco en Google Images un cuadro con el rostro de la autora: morena, entrada en carnes, con ligera sonrisa en su juventud y severidad en la madurez. Susanna Haswell Rowson se parece a mi señorita Elisa, que en la guardería me convenció de cambiar ese peto vaquero por una incómoda faldita, y que protegía a sus alumnas de las miradas adultas con un muro de hiedra. Así imagino yo a Susanna Haswell Rowson: advirtiéndote que no cruces las piernas sino que las juntes, que te des brillito en los labios, no vayan a secársete, y que apuntes en un cuaderno con letra redondita —esos puntos sobre

las íes, con forma de corazoncines— las recetas que te le-  
guen tu madre y tu abuela.

*Charlotte Temple* se desarrolla como una larga fábula protagonizada por animales con raciocinio: en ella la bondadosa Charlotte, hija y nieta de virtuosos cuyo buen corazón supera incluso al suyo, cae en los tentadores brazos de Montraville, con malas intenciones pero sin mal fondo, animada por la pérfida —ay, esa nación que tan pronto corta las cabezas de sus nobles como pervierte los más puros valores de la gran isla vecina— mademoiselle La Rue. Ambas —la institutriz acompañada por Belcour, amigo de Montraville que tal bailará— parten con ellos hacia Nueva York, y aquí me freno por no continuar con los *spoilers*. La tristeza inunda a los Temple —abuelo incluido, que inaugura el frenesí lacrimógeno de Rowson—, los remordimientos atenazan la felicidad de Charlotte y el castigo divino, por supuesto, recae sobre los malos: malos muy malos frente a buenos muy buenos, para qué andarnos con dobleces. A las lectoras de la época, al margen de esas enseñanzas que movieron a Rowson, también les atraía otro aspecto: el morbo de saberse ante una historia casi real. No por la identificación entre Charlotte y otras muchas damiselas descarriadas, sino porque los hechos que se detallan y juzgan coinciden con las desventuras de Charlotte Stanley, muerta a los diecinueve años y enterrada en Trinity Church, cuya lápida —el cuerpo lo trasladó a Inglaterra su hija Lucy en cuanto le fue posible— se convirtió en lugar de peregrinación de las jóvenes neoyorquinas. «Las circunstancias en que he basado esta novela me fueron referidas hace algún tiempo —confirmó Rowson—, por una anciana

que había conocido personalmente a Charlotte y que ocultó los verdaderos nombres de los personajes y, asimismo, del lugar donde se representaron las desafortunadas escenas». ¿Temían las recatadas chicas del XIX yanqui la maldición de cruzarse con un malvado galán que las corrompiera? ¿Admiraban la valentía de la Charlotte real que, al fin y al cabo, se abandonó a la pasión en lugar de compartir el té con mamá y el abuelo? ¿Envidiaban, en cierto modo, una experiencia que las buenas costumbres y el desvelo por la reputación les vetaban? Una pregunta más, ya insinuada: ¿es *Charlotte Temple* una novela? El afluente basado en hechos reales que desemboca en la ficción-río, los meandros de consejos —capítulos enteros en los que Susanna se para a contemplar el estado de la pobre Charlotte, cornuda y apaleada, y encadena reflexiones con mayúsculas e imágenes poéticas, más o menos, en torno al gran error de renunciar a la familia por un tipo que quizá te brinde hijos y hogar, pero nunca apellido— ¿frente a qué nos sitúan? ¿Ensayo? ¿Libro misceláneo? ¿Engaño para que las adolescentes asumieran como novelita rosa una advertencia, del estilo *niñas, no hagáis esto, que condenaréis a vuestra familia y vosotras arderéis en el infierno?*

Obviando su forma, y centrándonos en el contenido, la lectora —y el lector— que se acerque a *Charlotte Temple* encontrará varias interpretaciones. Por supuesto, la obvia historia que comienza amorosa y rebelde se torna pronto amarga y solitaria, y se revela en sus páginas finales dolorosa pero justa. Ya está, que no es poco: capítulo a capítulo —titulados de manera escueta unas veces, limitándose a describir qué ocurrirá, pero bautizándose con citas en otras

ocasiones e, incluso, deslizando máximas impenables: «En torno al sentido natural de la propiedad, inherente al regazo femenino» o «Pensativa se lamentaba e inclinaba lánguida la cabeza como un hermoso lirio sobrecargado por el rocío»— nos preguntamos qué decidirá Charlotte, cómo responderán sus padres, qué papel cumplirá cada nuevo personaje. Una segunda lectura nos permitiría recorrer la historia de la infortunada Charlotte Temple con un casco de arqueólogo, conociendo así una época gracias a las lecturas que sus mujeres y hombres preferían. ¿Por qué en ese momento y en ese país una novela moralista, en la que una chica de buena familia es pervertida por un galán y acepta su propuesta y lo deja todo y así le va a la pobre, triunfa entre las lectoras —y los lectores— estadounidenses durante dos siglos? ¿Qué necesitan de ella? ¿Qué buscan en los libros como para escoger a *Charlotte Temple* frente a otros títulos? ¿Quizá prevenirse antes de curar? ¿Quizá comprobar que otros sufren más que ellos?

Existe otra opción, coetánea de nuestra mirada e involuntaria para Santa Susanna de Portsmouth: la cómica. Cruel, sin duda, pero la que yo más he disfrutado. La afectación de los sentimientos arrebatados de Charlotte, el diseño de los personajes —esa inmovilidad en sus perfiles, incapaces de evolucionar o mostrarnos un matiz que no esperásemos—, la tragedia que empapa el gesto mínimo... Por no mencionar los pasajes líricos, que apoyan esa acepción peyorativa que el término «poetisa» se granjeó en la lengua castellana. La poetisa, sea mujer u hombre —en cuyo caso nos encontraremos ante el «poetiso», de finos bigotes y versos encendidos, por tirar de estereoti-

po—, medita en torno a las flores y los cantos de los pájaros, habla mucho sobre los corazones que laten —o que se detienen por arte y magia del desamor y/o de la ausencia del amado, amada o lo que sea— y retuerce el paño de la escritura femenina de Hélène Cixous para destilar su esencia, tragarla en vaso de chupito y alumbrar páginas y páginas de sentimientos intensísimos y virtudes al mismo nivel. Estos momentos de mucha metáfora y poca vergüenza abundan en la prosa de Rowson: los párrafos finales del capítulo quinto, sobre el amor entre los padres de Charlotte; el cruce epistolar entre los personajes, con la carta de Lucy Temple a su hija —«puesto que mañana es el aniversario del feliz día que dio a mi querida niña al amor de un corazón maternal»— encabezando el *top* de ñoñerías; o el espectacular capítulo octavo, «Ideas para el goce hogareño», repletito de alegorías, metáforas y vocablos que la Real Academia Española ha consignado en peligro de extinción.

Y conectan, también, con una pregunta: ¿qué pensaba Rowson al escribir *Charlotte Temple*? Una mujer que en el siglo XVIII y antes de cumplir veinte años se responsabiliza económicamente de su familia, alguien capaz de ocupar el mismo puesto que su marido —al que anima a renunciar a su trabajo para cumplir sus sueños—, y que asume que la literatura puede ser su oficio, ¿piensa realmente que el objetivo primero de la mujer es, como *Charlotte Temple* indica, aguardar a un hombre bueno que te retire y no escuchar al corazón sin valorar antes las consecuencias? ¿Rowson cree que el ejemplo es el de Charlotte, o en secreto prefiere el de mademoiselle La Rue? No cuadra con la vida de Temple —cercana también, y por hundirnos en el

tópico, a los libertinos ambientes teatrales— que asumiera esa machista dicotomía del ángel del hogar, o la «mujer joven y desprotegida en sus primeras experiencias por el mundo» Charlotte, frente a la *femme fatale* La Rue, —«taimada, maliciosa y egoísta»—, que empuja a la muchacha a la perdición, la lujuria, el desenfreno y el sexo con militares enamoradizos, y que en el último capítulo se define así: «Soy la serpiente que mordió su paz [...]. Así, así era el hermoso capullo de inocencia que mi vil maldad arruinó cuando apenas empezaba a florecer». Ojo al dato y ojo a la serpiente diabólica, que conecta con la petición de Charlotte: «Deje de intentar persuadirme, querido Montraville. No debo: la religión, el deber, la prohibición». No es que no le apetezca: es que noches y noches de rezos han causado su efecto, y le da cosa. ¿Se plegaba Rowson a las órdenes del mercado, a las expectativas de los lectores? Me pregunto si ambas opciones no exhibirían su aspecto feminista: la de que a Charlotte y a La Rue les marchara todo de lujo siendo malas y libidinosas, saltando de oficial en oficial y compartiendo casita en Nueva York, liberando a las jóvenes yanquis de la tradición patriarcal; y aquella en la que Charlotte es castigada —y ya hablo más de la cuenta— por unas malas compañías que también se llevan lo suyo, y permitiendo eso a una novelista, Susanna Haswell Rowson, alcanzar el estatus de popularidad y riqueza que desea.

Tras una fiesta a la que la institutriz francesa asiste con la dulce Charlotte, nuestra protagonista anunciará que los caballeros «se tomaron muchas libertades», a lo que La Rue replica: «Por favor, no me sea una tonta moji-gata».

Mademoiselle le preguntará más adelante: «¿Tiene la intención de ser una marioneta toda su vida?». Charlotte Temple recoge sus hilos, los maneja, y así le va. Me ha gustado —por qué no admitirlo: me ha divertido muchísimo, igual que me entretienen esos tutoriales en vídeo para reparar con aceite de marca blanca las puntas dañadas, y los comentarios sobre si sustituirlo por el de la freidora varía el resultado— leer esta novela que doscientos años atrás una chica de mi edad, soltera y confiando en príncipes azules y bondades de los desconocidos, recibiría con terror. Y me ha intrigado conocer más sobre la vida de Susanna Haswell Rowson, si la convicción de sus palabras revelaba honestidad con las lectoras o con su cuenta bancaria —y cachondeo de las receptoras, todo sea dicho—, adivinar qué motivos empujaban a una chica de la época a recomendar *Charlotte Temple* con el entusiasmo con el que mis compañeras de Filología se intercambiaban *La sombra del viento*. Me ha gustado *Charlotte Temple* porque la interpreto igual que la pantalla que aparece al término de un vídeo de You Tube, y que te recomienda otros contenidos de interés: porque lo que he visto, lo que he leído, me ha satisfecho; y porque gracias a esos minutos salto a otras cuestiones que me provocan tanto o más. Antes de los enlaces, sin embargo, estará la novela —¿la novela?— con la que triunfó Susanna Haswell Rowson: por ella cruzan adolescentes enamoradas hasta el tuétano, militares malos, militares malísimos, francesas que engañan hasta al más pintado, abuelos que remueven nuestros corazones y lágrimas, muchas lágrimas. Si a millones de lectores y lectoras se le saltaron antes, ¿por qué no unirse al club?